



SIN LÍMITES

Emily Delevigne

La vida de Bella es un desastre: ha sido descartada en su última entrevista de trabajo, su pez, Felipe, ha muerto después de acompañarla durante casi diez años y la parte trasera de su coche ha quedado destrozada por un golpe que le ha dado otro vehículo.

¿Lo único que la anima? Su mejor amigo, Alberto, quien le propone salir para olvidarse de todos sus problemas. A quien no espera encontrarse esa noche es a Logan, el chico del que estaba enamorada cuando era una niña.

Logan se ha convertido en un reputado cirujano que ofrece a Bella un empleo temporal. ¿El problema? La química que surge entre ellos hace que, poco a poco y sin quererlo, ninguno de los dos quiera separarse del otro ni un solo minuto...

Índice de contenido

Cubierta

Sin límites

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

1

–¡Oh, vamos! Alegra esa cara, Bella. Tampoco es para tanto, ¿no? Estoy segura de que encontrarás otro puesto de trabajo que se ajuste a tus características –le dijo su tía Luisa antes de girarse hacia su hija con orgullo.

Bella notó que la sonrisa que había forzado durante los diez últimos minutos comenzaba a flaquearle. Era incapaz de entender cómo su familia se alegraba tanto de que hubiese perdido la oportunidad de trabajar en uno de los mejores colegios de Sevilla, con un currículum casi impecable y mucho dinero invertido. Incluso sus padres parecían alegrarse.

Excepto su abuela Eleonora, que alzaba una ceja en un sutil gesto de desprecio.

Sin embargo, Bella repasaba todos y cada uno de sus pasos, aquellos que habían provocado que la entrevista de trabajo no fuera fructífera. La había hecho en francés, vestida con una de las faldas de su abuela y entrando en el colegio con el pie derecho. Sí, con el pie derecho. Según Eleonora, de esa forma era imposible que le fuera mal.

Y al parecer no le podía haber ido peor.

Por más que analizara meticulosamente sus acciones, no encontraba ningún fallo que hubiese llevado al entrevistador a elegir a su prima antes que a ella. Y pensar en la

horrible falda que había usado para que le diera suerte, la de su abuela, no hizo más que aumentar su bochorno.

Bella observó a Lía, que aceptaba las felicitaciones de los miembros de su familia. Los abrazaba mientras una enorme sonrisa decoraba su bello rostro. Sabía que debía acercarse y felicitarla, pero sentía que su boca estaba llena de veneno, y se negaba a mostrar lo mucho que le dolía que todos hubiesen preferido que le diesen el puesto a Lía antes que a ella.

La bella Lía, de cabello rubio dorado y ojos azules, cuya altura sobrepasaba el metro setenta, parecía más una modelo que una profesora de francés, mientras que Bella había tenido la mala suerte de heredar el metro sesenta de su abuela. La más baja de la familia.

Sin embargo, aquello no había sido lo único malo que le había sucedido.

No, ni mucho menos.

Cuando había cogido el coche para ir a comprar al supermercado, otro vehículo le dio por detrás, en el para-choques trasero, y eliminó toda la pintura de su vehículo en la zona golpeada. Al salir para comprobar los daños, se percató de que la carrocería de esa parte estaba hundida.

Bella había cogido aire, en un fallido intento por calmar la ira y la desesperación que ardían en su interior. Se repitió varias veces que todo se debía a las obras de la calle y no a su mala suerte.

Tras haber rellenado los papeles junto a la otra conductora, con alguna que otra queja por su parte, regresó a su piso. Allí descubrió que su pez, Felipe, había fallecido después de acompañarla cerca de diez años.

Experimentó tanta tristeza que se había derrumbado en la entrada de su hogar, con las bolsas de comida a ambos lados de su cuerpo, los papeles del coche y el pequeño cuerpo de Felipe flotando en la pecera.

Y ahí estaba en ese momento, en casa de su tía Luisa. Deseaba marcharse y lamerse las heridas en la intimidad,

donde no tuviese que fingir más.

Su abuela se acercó hasta donde ella estaba y le dio un suave codazo en las costillas.

–Esto es el colmo. ¿Por qué no te vas a casa?

–Creo que debería acercarme –susurró Bella, cansada—. Pero no me apetece. Aunque Lía no me ha hecho nada.

–No, no directamente. Solo seguir tus pasos cuando no sabía qué hacer.

Bella giró la cabeza para mirar a su abuela, cuyos ojos castaños brillaban de enojo y rabia.

–No es ilícito.

–A ti te ha pasado algo más; tienes los hombros hundidos y los ojos húmedos.

–Me han dado en la parte trasera del coche y Felipe ha muerto.

–Vaya...

Bella asintió con tristeza.

–Me temo que tus consejos no me han ayudado mucho –le musitó con un hilo de voz al ver que las arrugas de la frente de su abuela se acentuaban—. Ni entrar con el pie derecho ni ponerme tu falda de mil colores.

–Necesitas una limpieza de aura, cariño. Te ha mirado un tuerto –dijo su abuela con convicción.

Suspirando, Bella sacudió la cabeza.

–Creo que por ahora paso.

–Pues no deberías. Percibo tu aura un poco manchada; ¿por qué no vienes esta tarde a mi casa? Te prepararé galletas.

Alzando una ceja, Bella sintió que parte de su tristeza desaparecía al pensar en las deliciosas galletas de su abuela. Aún recordaba cuando su abuela las hacía tanto para Lía como para ella cuando regresaban de gimnasia rítmica. De pequeñas las dos primas habían estado unidas, o al menos la distancia entre ambas no era tan pronunciada.

Tras asentir, se inclinó para darle un beso en la arrugada mejilla.

—De acuerdo, pero tengo que irme pronto. He quedado con Alberto; hoy es jueves, y sabes que siempre nos vemos un rato.

—Ese chico va detrás de ti.

—¡Abuela! Es mi mejor amigo, y el año pasado babeaba por Lía, así que no lo creo. Tenemos los límites muy bien definidos.

—No sé si será suficiente con una limpieza de aura, quizá...

Antes de que su abuela prosiguiera, Bella cogió una profunda bocanada de aire y fue hasta su prima. Contempló dolida las miradas de su madre, Rosario, y del resto de su familia, brillantes de gozo y satisfacción mientras una muy feliz Lía no paraba de sonreír, triunfante y con un nuevo empleo que le permitiría mudarse a una de las mejores zonas de Sevilla.

No, la vida no era justa. Fue Bella quien encontró esa oferta de trabajo. Se lo había contado a su madre por la noche, con una nueva esperanza anidada en el pecho y una nueva motivación que diese un vuelco a su monótona vida. Sin embargo, al día siguiente su madre había ido con la buena noticia a Luisa, quien indudablemente la hizo llegar hasta Lía.

La traición que había sentido era similar a la de un cuchillo partiéndola en dos, dejándola fría y desamparada, con una herida sangrante que supuraba cada vez que veía a su familia.

Con un suspiro, Bella estuvo tentada de salir corriendo cuando los ojos azules de Lía cayeron sobre ella. Fingió la mejor de las sonrisas e ignoró las súplicas de su cuerpo por alejarse de allí.

Felicitó a la nueva trabajadora del colegio privado más exclusivo de Sevilla.

–Tienes mala cara. ¿Necesitas un abrazo?

Bella levantó la mirada del vaso de chocolate que tenía entre las manos y miró a Alberto. El calor de la bebida la alejaba del frío, que la sumía en una profunda desazón. Ni siquiera su abuela había conseguido restaurar parte de esa paz interior que siempre la había acompañado, y que era como un bálsamo en sus peores días.

Pues aquella tarde era inútil. Nada la calmaba, nada la sanaba. La ira, la injusticia y la tristeza le impedían avanzar, y la ahogaban en un llanto silencioso.

–No he tenido un buen día –musitó Bella con un hilo de voz. Contempló los árboles del parque de María Luisa, teñidos de tonos otoñales.

–Creo que, si te desahogas, aliviarás parte de tu carga.

Bella bajó la vista hasta su chocolate, huyendo de la mirada verde de Alberto. Temía que la suave brisa que se había levantado terminara por hacerla llorar.

–No me han cogido para la oferta de trabajo de la que te hablé.

–¿Ese colegio esnob?

–Ese mismo.

–¿Y por qué? Tienes un buen currículum, no consigo comprenderlo.

Eso mismo se decía ella cada vez que no accedía a un buen puesto de trabajo. ¿De qué servía tener un currículum impecable si se quedaba a las puertas? Siempre había alguien mejor que ella, más preparado y habilidoso.

–Han escogido a Lía –murmuró con voz ponzoñosa.

Alberto abrió los ojos de par en par.

–¿A Lía? ¿Ves? Te dije que no le dijeras nada a tu madre.

–¡Pero es mi madre! –saltó ella sin demasiada energía; luego contempló a un par de pájaros posados en una de

las ramas más altas del árbol—. Quería compartirlo con alguien. Necesitaba compartirlo.

—Y te ha salido el tiro por la culata.

—Nunca mejor dicho —susurró Bella. Dejó el vaso del chocolate a un lado, apoyado en el banco—. No sé qué me ha dolido más: no ser escogida o ver la mirada de satisfacción de mis padres por lo de Lía.

—Es algo que nunca comprenderé —dijo Alberto antes de terminarse su café y tirarlo a la papelera más cercana—. Quizá fuese la falda de tu abuela. ¿Entraste con el pie derecho?

—Hice todo lo que ella me aconsejó, y nada ha servido.

—¿Qué es esta flor que tienes en el pelo? —Alberto le retiró una pequeña florecilla y algunos pétalos que había sueltos por su cabello.

—Antes de quedar contigo he ido a visitar a mi abuela. Me ha hecho una limpieza de aura. Cree que me ha mirado un tuerto.

—Oh, ¿te encuentras mejor?

—La verdad es que no —se sinceró Bella, hipando al batallar contra las lágrimas, que exigían derramarse—. Felipe ha muerto.

—¿Tu pez?

—Y eso no es todo: me han golpeado en la parte trasera del coche.

—Demonios, quizá sea cierto que te ha mirado un tuerto, Bella.

Tras asentir, Bella contempló el sol, que poco a poco parecía querer ocultarse entre los edificios. Era octubre y anochecía con premura, lo que a Bella le dejaba una sensación de desasosiego que la asfixiaba por las noches. A veces llegaba a la triste conclusión de que estaba sola, de que no tenía a nadie que comprendiera de verdad cómo se sentía... Menos Felipe, que la mayor parte de las veces la había mirado con sus redondos ojos a través de la pechera, haciendo gestos con la boca que parecían decirle algo.

O eso había creído Bella; su abuela decía que eran estupideces y que no era nada más que un pez.

–¿Qué vas a hacer ahora?

–No lo sé; el hecho de pensarlo hace que me sienta aún más deprimida. Solo quiero olvidarme del día de hoy.

–Desde luego, tienes razones de sobra para odiar al mundo –musitó Alberto sin dejar de observarla–. ¿Vas a seguir con tu empleo en el bar o te vuelves a vivir con tus padres?

–Dejé el trabajo pensando que me aceptarían en el colegio –murmuró Bella, abochornada–. Y prefiero cortarme un dedo antes que volver a casa y escuchar lo felices que están mis padres por Lía. Me buscaré algo. Tengo ahorros; puedo tirar de ellos durante varios meses antes de regresar con mi abuela.

Alberto intentó ocultar una sonrisa.

–La famosa Eleonora. ¿Estás segura de que quieres vivir con ella? Con todas esas muñecas que tiene, sus libros de conjuros...

–He dicho que solo sería así de ser estrictamente necesario. –Bella se estremeció al pensarlo–. Me niego a vivir el que se supone que es el mejor período de mi vida cortando ramitas y haciendo conjuros mientras Lía se forra.

–Hay gente que nace con suerte, y otras...

–... que no, y a ese grupo pertenezco yo –concluyó Bella, viendo cómo poco a poco se le acercaba una paloma.

–¿Qué hay de la que era tu mejor amiga en el colegio?

–Volvió a California junto a su familia.

–Oh, te iba a sugerir que trabajaras para ellos. Recuerdo que eran una familia adinerada y tenían una multinacional de tecnología.

–Sí, sí que lo eran, pero ni siquiera mantuve el contacto con ella. Era muy pequeña.

Un tenso y pesado silencio los envolvió. Bella se cruzó de brazos cuando un aterrador frío se apoderó de ella y

heló cada centímetro de su piel. Pensar en su futuro la desconcertaba y le provocaba un vértigo en la boca del estómago que le impedía comer.

—¿Sabes? Creo que, hagas lo que hagas, te será imposible desconectar.

—En eso llevas razón —convino Bella.

—Vayamos a cenar a algún sitio bueno y olvidémonos de las obligaciones. Vamos, levanta.

Alberto la agarró de la mano y tiró de ella. Bella accedió y arrojó el resto de su chocolate a la basura.

—Ni siquiera te he preguntado qué tal te va. Soy una pésima amiga.

—No, no lo eres —le dijo Alberto mientras salían del parque—. Has tenido un mal día y necesitas que te escuchen. Yo he pasado por situaciones muy desagradables y nunca me has echado en cara que no te haya escuchado, así que hoy soy todo tuyo. Pasaremos una noche tan buena que te olvidarás de tu preciosa prima y de la dichosa oferta de trabajo. ¡Vamos!

Bella lo siguió durante toda la noche con pies de plomo. Cenaron en un restaurante japonés bastante caro y luego se marcharon a un *pub* irlandés donde tomaron una copa dentro del local, lejos del frío que se había levantado y de la soledad que parecía envolver las calles de Sevilla.

Por primera vez en mucho tiempo, Bella decidió tomarse una copa con alcohol, por lo que recibió una aprobadora mirada por parte de Alberto. Este se pidió un cubata de *whisky* bastante cargado que terminó por hacerle perder la poca decencia que tenía y llevarla hasta la pista del *pub*, donde había un par de parejas bailando.

Bella debía de tener muy poca cantidad de alcohol en las venas, pues le resultaba terriblemente bochornoso bailar. Alberto la pegó a su cuerpo y, tras pisarla unas cuantas veces, comenzó a seguir el ritmo de la canción. Bella suspiró y puso los ojos en blanco, incapaz de no contagiarse del buen humor de su amigo. Encontraba bastante diverti-

dos sus intentos por querer cantar la canción, inventándosela y dando alaridos.

Bella soltó una fuerte carcajada antes de percatarse de que había un grupo de mujeres que miraban a Alberto con interés. Había una castaña bastante guapa que sabía que a él le gustaría. Contuvo una sonrisa y se acercó a su oído.

–Hay una mujer muy guapa que no aparta la mirada de ti.

Alberto alzó una ceja.

–Me importa un cuerno, hoy es noche de amigos.

–Mírala al menos, ahora cuando nos demos la vuelta. Te encantará, créeme.

Bella hizo que giraran de la forma más elegante que pudo y estuvo a punto de perder el equilibrio cuando sus pies se enredaron con los de él. Alberto, conocedor de su poca habilidad para bailar en pareja, los plantó firmes en el suelo y la agarró.

–Cierto, es guapa.

–Y te mira.

–Me está mirando.

–Pues acércate. Yo voy a tomar un poco el aire. Cuando vuelva quiero verte hablando con ella, ¿te enteras?

Bella se separó de Alberto con una sonrisa antes de irse al exterior, donde una bofetada de aire frío la recibió. Suspiró y vio cómo su aliento se convertía en una pequeña columna de aire que salía desde su boca. Sin embargo, agradeció el respiro, gracias al que podía dejar de sonreír y fingir que estaba bien, que se había olvidado del terrible día que se había cernido sobre ella.

Apoyada en una de las paredes del *pub*, contempló desde la distancia a alguna que otra pareja o grupos de amigos. Se movían hacia los bares para refugiarse del frío y pasar un buen rato.

Bella se alarmó cuando un pensamiento cruzó su cabeza: no había alimentado a Felipe en todo el día. Fue a mo-

verse cuando la realidad cayó sobre ella: ya no tendría que ocuparse de él nunca más. Felipe la había dejado.

No llores, no es para tanto. Era un pez... Mi pez. Con un nudo de emociones que la asfixiaban, decidió que entraría en el *pub* para coger su bolso y despedirse de Alberto. Necesitaba marcharse a casa. Ya.

Se dio la vuelta y agarró el picaporte de la puerta para tirar de ella y entrar cuando una voz masculina y aterciopelada la paró.

—¿Bella Grande? ¿Eres tú?

Bella frunció el ceño cuando escuchó su apellido y se giró con extrañeza hacia el desconocido que se había dirigido a ella.

Se trataba de un hombre muy alto, fornido y de rostro bastante atractivo y varonil. Estudió sus ojos azules, mientras llegaba hasta ella un familiar recuerdo que no terminaba de distinguir.

—¿Te acuerdas de mí?

Bella lo estudió a conciencia, desde la recta nariz hasta sus sensuales labios. Se recreó en los huesos que formaban su atractivo rostro y en el vello incipiente que oscurecía su mandíbula. Sin embargo, no fue hasta que volvió a centrarse en sus ojos azules que consiguió identificar al dueño de aquella mirada felina.

—¿Logan?

Él sonrió y avanzó otro paso hacia ella, lo que provocó que tuviera que alzar la cabeza un poco más. Demonios, se había olvidado de lo alto que era. Debía de rozar el metro noventa sin problemas.

—El mismo. Te ha costado reconocerme —señaló Logan. Tenía las manos metidas dentro de su chaqueta de cuero.

—No mucho. Tienes los mismos ojos que Casie —dijo Bella con una inexplicable alegría que le calentaba el pecho—. Dios mío, cuánto has cambiado. Quiero decir, te recordaba enorme, pero no tanto.

Logan curvó las comisuras de la boca hacia arriba, sin despegar su mirada de ella.

Bella sintió que volvía a tener catorce años, que estaba en la enorme casa de Casie, encerrada en su cuarto mientras se entretenían con todos los juguetes que tenía. Y aun así, su atención siempre volvía al hermano mayor de Casie, Logan. Aquel chico alto y desgarrado que la había ayudado más de una vez cuando se habían metido con ella por su baja estatura y su cara llena de acné.

Recordaba los saltos que le daba el corazón cada vez que lo escuchaba con algún amigo, bajando las escaleras para marcharse a dar una vuelta. O la simpática mirada que le dirigía cuando la veía en el colegio y que provocaba que se le encendieran las orejas.

Y allí estaba el hombre en el que aquel chico alto y desgarrado se había convertido. Más alto, más fornido. Sus largas piernas estaban enfundadas en unos vaqueros oscuros. Estaba impecable, guapo a rabiar, y ella se preguntó adónde iría.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Bella.

—Vivo al lado. Estás en Nervión, y yo vivo justo en ese ático —le dijo señalando a sus espaldas un conjunto de pisos muy elegantes.

Bella alzó una ceja antes de estirar una mano y golpearlo en el hombro.

—¡Pero habíais vuelto a California!

—A pesar de que mis padres son estadounidenses, yo nací aquí, por lo tanto soy español, y puedo volver. Pero sí, nos marchamos. Yo volví hace tres años, aproximadamente. —Logan se tocó el hombro—. No recordaba que tuvieras tanta fuerza —bromeó.

Ella soltó una carcajada.

—No fui yo quien practicó kung-fu. Por cierto, ¿y Casie? ¿Qué ha sido de ella?

—Casie se quedó en California. No ha vuelto desde entonces, pero se alegrará de saber que estás bien.